



PATRIMONIO



APUNTES PARA UNA GUÍA DIDÁCTICA. ANTONIO CAMPILLO, ESCULTOR: CRÓNICA EN TORNO A SU OBRA. CASA-MUSEO, ERMITA DE CEUTÍ Y OTRAS OBRAS

Juan Soriano Guillén

I. INTRODUCCIÓN

**Antonio Campillo: la forma
y el volumen moldeados con
pasión**

La obra escultórica de Antonio Campillo es fecunda y muy amplia, repartida por pueblos, calles y jardines, museos, iglesias, centros oficiales y, también en las casas particulares e instituciones de ahorro. Con mirada selectiva, por razón obvia de la adecuada y limitada extensión con que se debe hacer este apunte-resumen sobre la obra, nos vamos a centrar fundamentalmente, en la Casa-Museo de Antonio Campillo, que se encuentra en un edificio del siglo XIX del municipio de Ceutí, ya que aquí se encuentran y se puede estudiar las claves artísticas en la producción del escultor. Esa conciencia de estar ante obras que nos hacen próximos los momentos extraños del pasado y presente artísticos, con referencia a aspectos murcianos, de los que ha obtenido gestos y actitudes, es la primera defensa de la actitud comprometida de Antonio Campillo con lo contemporáneo y, a la vez, con lo universal que le lleva siempre a crear un espacio para el misterio, para el descubrimiento, para el diálogo, para la sorpresa. Sin embargo, también hay que decir que por estas esculturas merodea un evidente peligro: el de la autocomplacencia y la repetición, esta concepción plástica de los volúmenes redondeados en las figuras humanas. Afirmamos que no es ese el caso.



Ermita de San Roque.

II. LA CASA-MUSEO DE CEUTÍ

El espacio residencial destinado a Antonio Campillo acoge más de se-

venta obras (esculturas y dibujos), que están distribuidas en tres plantas y en la pared de la escalinata de forja y madera. Componen una colección antológica de los signos artísticos de la trayec-



Casa-museo Antonio Campillo.

toria profesional del escultor, y donde podremos descubrir los motivos que le caracterizan: el paradigma de la mujer y sus vigorosas curvas, la maternidad, el movimiento equilibrado de las ciclistas, los caballos,..., miniaturas, dibujos, bocetos; todos ellos conforman los creativos símbolos del escultor modelados en barro, madera, bronce, acero, esca-yolas,... cualquier material, se presta al modelado en la mente y las manos de Antonio Campillo, para recoger y reflejar plásticamente lo humano en las formas que son universalmente captadas e interpretadas. Todo está aquí, con su estilo sensual y poético, formas sencillas y redondeadas, característico de las personas de esta parte del Mediterráneo, ofreciendo una sensación de que sus realizaciones están si acabar, cuan-

do lo que se busca es que el observador continúe el proceso creador en su interior, porque aquí se despliega una de las concepciones de la conversación con la obra de arte, en la que el individuo no habla en solitario y tiene mayor sentido en el espacio donde se realiza, por lo que conversar con el arte aleja la decadencia del espíritu. La esencia humana de toda sociedad civilizada es el arte de la conversación y el diálogo con el arte.

Desde la primera escultura, la mujer alta y de fuerte complexión que está a la puerta de la Casa-Museo, muchacha robusta que inicia e invita a acompañarla en su andadura, la obra de Antonio Campillo despierta el interés, pues se inicia el discurso con la creación es-

cultórica que, toda vez que nos adentramos en él, ya no será interrumpido. Llegar a este diálogo requiere una pausa en la vida cotidiana de cada cual y modificar en los ritmos, disponerse a la percepción y a la importancia del mirar. Nos ha conducido hasta aquí la 'Venus en Bicicleta', que con su mirada nos ha salido al encuentro, con su porte de moza sencilla y serena, de redondeadas formas y equilibrada postura en su velocípedo. Todo esto nos va despertando el atractivo porque ambas esculturas conservan su interés cuando no sólo nos quedamos en la apariencia externa, sino que se construye la memoria, la percibimos como ajena al sujeto que observa y a la vez cercana para reconocernos como si fuéramos su modelador. Toda una experiencia artística y sensitiva, que continuamos a la entrada del edificio-museo, donde nos recibe un retrato del escultor y cuadros, obras pictóricas que ofrecen referencias de las señas del artista.

1. La escultura religiosa (I) de Antonio Campillo. [Planta baja].

Numerosas iglesias de la región de Murcia cuentan con imágenes religiosas suyas. Pero aquí podemos apreciar la génesis escultórica, el estudio, el boceto, la obra con aspecto inacabado y resulta interesante y mesurado a la vez que sus imágenes no se cubren de adornos, ya que lo importante es transmitir, con sencillez y pasión, la figura y el significado de María-madre, las composiciones de diversos momentos de la vida de Cristo, de otras advocaciones marianas, además del busto de María Magdalena.

Escultura es todo aquello que no es ni paisaje ni arquitectura. Aunque pueda sonar a algo obvio y perfectamente observable, el visitante se aferra a las formas contorneadas de las imágenes conseguidas con las manos expertas y habilidosas. El espectador ha accedido al patrimonio artístico con aparente aceptación cómoda sobre lo que ve, pero es probable que comience a despertar la mente, a removerse en su interior la sensibilidad latente, incitada por las formas de humanidad que se perciben cercanas, lo que acaba por romper los tópicos: el trabajo estético está ahí, superpuesto y coincidente con la expresión de creencias.

2. Mujeres: Maternidad, descanso y relación con los objetos [Plantas primera y segunda].

El asistente a la visita de esta instalación cultural conquista las plantas altas a través de la escalera de hierro forjado con pasamanos de madera, que es obligado hacer referencia a la subida, que es también espacio que acoge las manifestaciones artísticas, bocetos y estudios de formas, principalmente femeninas, encuadrados, que se suman al interesante trabajo artesano de la baranda y su pasamanos: todo a la vez.

El ámbito de la primera planta se ha convertido en un punto de encuentro con las formas de mujer y la tensión que nace de la confrontación entre realidad y virtualidad. Antonio Campillo plasma el ejercicio de la maternidad en acción. Las figuras, aún en la tensión, muestran sosiego, pues la serenidad irradia de sus expresiones faciales-corporales: es el momento de que madre e hijo generen un espacio de amor demarcado por los brazos de ambos. Campillo ha estudiado diversas escenas relacionales, de convivencia y las ha materializado recogiendo el movimiento, la protección y el juego infantil. Este será un tema recurrente en su obra: la universalidad se simboliza en la mujer matrona, de cuerpo vigoroso y ancho, de inspiración para el moldeado.

Su enclave puede ocurrir en cualquier parte del mundo, aunque aquí esté distinguido por las formas que hacen referencia a la mujer murciana. Este tipo de esculturas que se encuentran en las plantas altas de la casa-museo lo entienden todas las mujeres y todos los hombres, porque ahí se muestra tanto la captación que el escultor ha hecho del espacio amoroso, como los volúmenes de las demás mujeres: la que descansa, la que se dispone a relajar la pierna cansada, la que hace también protagonista a la silla como objeto de solaz y parada en las tareas.

La *silla* y la *mecedora*, esos asientos que Antonio Campillo ha observado tanto que los estiliza y concluye en su abstracción, además de para el descanso, son referentes de identidad: están integradas en muchos hogares y lugares de *Murcia*, fabricadas artesanalmente con madera y hojas de enea. Las mujeres de Campillo, cada una en su circunstancia, se sientan en sillas como



Mujer en bicicleta.

ésta o de un diseño singularmente extendido, reflejando una seña de identidad esencial que este artista murciano ha elevado a la categoría de característica sustancial). En esta escultura ha subrayado Antonio Campillo un latido, un soplo que traza la trascendencia de un hecho cotidiano, en la huerta de Murcia y en cualquier rincón del mundo. Ahí subyace como trasfondo lo que siempre fue y que el escultor potencia y perpetúa.

Comprobaremos con agrado el papel que ejercen las mujeres captadas en su paseo ciclista. Porque estas mujeres no actúan prisa, aunque sí con decisión, sin ser competidoras, ejerciendo un individualismo propio de las rutinas y del desplazamiento salvando distancias o simplemente gozando de la visión de

los carriles de la huerta. Son mujeres llenas de signos, que quieren aislarse en su disfrute particular, aunque pueden también, si lo prefieren, intercambiar experiencias con otras personas.

Antonio Campillo ha manifestado su interés por la escultura mediterránea y sus acentuados aspectos voluptuosos, lo que la diferencia de la escultura femenina en otros ámbitos geográficos. La escultura, en la obra de cualquier artista, es un reflejo de su personalidad.

En estas alegorías en bicicleta y la relación que se produce entre la mujer y el caballo, que también podemos observar y admirar en esta muestra de más formas de rotundas curvaturas y concavidades, debe celebrarse esta existencia de sentido creciente en la presencia de mujeres superior a la de hombres en



Escultura religiosa de A. Campillo.

la obra de Campillo, quien alumbra con precisión las referencias de los momentos universales femeninos y las salvaguarda en la memoria frente al borrado que podría producirse por el adormecimiento que causa la repetida atención de lo diario. El escultor ha recogido sabiamente las acciones deambulatorias de las distintas piezas, y las esculpe en formas dignas de reconocerlas en medio de cualquier barullo, a la vez que emerge el placer de contemplar esas formas carnales y rotundas pero relajadas, porque en la obra de Campillo las mujeres no muestran crispación y sí la delicadeza de la realidad más cotidiana. Y, además, aparecen incitando a la imaginación para encontrar un relato o un poema en el que encuadrar ese momento vital que representan.

Contemplando las obras de Antonio Campillo se puede conjeturar, incluso concluir, si éstas no encajarían también dentro de la situación y sentido del cuerpo y del espíritu humanos. Porque estas esculturas igualmente son paisajes, ya que, a poco que se intente, podemos insertar el panorama y la perspectiva geográfica por donde se mueven. Porque el escultor explora y refleja el espacio a cuyos territorios pertenecen. Es reconocible el juego de calidades: las figuras no están aisladas sino que pertenecen a un entorno que no resulta extraño. Estas esculturas se emplazan en fragmentos de espacio dentro de otro espacio que las circunda, y su vocación hace que se trascienda más allá de lo objetual, tratan de alcanzar una mayor autonomía con respecto a los habituales registros

de dimensión, longitud y altura del arte escultórico. Antonio Campillo valora tanto el volumen como el vacío, al que llena de sentido y sentimiento, con el carácter representativo y alegórico de la escultura.

3.- Cabezas: totalidad en síntesis expresiva. [Planta segunda).

Las cabezas que modela Antonio Campillo, en su numerosa obra diseminada por lugares diversos públicos y privados, tienen aquí su testimonio y su correlación observable. Estas singulares esculturas, circunscritas a la cabeza, han superado la expresión del plano y no se someten a la tiranía del estrado en que se ubican o puedan colocarse: escapan de sus límites. Son piezas escultóricas, más allá de su conversión en objetos, puesto que son observables de frente y por detrás, posibilitan el juego como unidad, como sujeto con memoria y en la búsqueda de un entorno donde pudiera situarse con sus tensiones relacionales y espaciales, construyendo una especie de arquitectura de lenguaje, porque estas cabezas son prismáticas, con sus caras serenas, con los cabellos en rugosas superficies, con sus expresiones texturadas, que llaman visualmente a que las rocemos con los dedos y con la mirada. Y descubrimos que las cosas suelen ser algo más de lo que parecen: estas esculturas están poseídas por un referente de naturaleza muy cercano a la visión interior de los románticos, esa mirada de fuera hacia adentro.

Campillo conjuga el desafío de enfrentar conceptos como los de realidad y virtualidad: cada objeto es singularísimo. ¿Qué es lo que les dota de unidad y de diferencia? Las delicadas figuras se erigen en iconos que invitan a la comprensión: en un momento podemos ver al personaje interactuando con su entorno y estimulando a que se incorpore un comentario, hablado o escrito, que añada una capa de complejidad a la escena. La tensión entre lo real y lo virtual es el tema más evidente que aúna los trabajos artísticos del escultor, cuya inspiración y método de trabajo les confiere ánima a las piezas cabeceeras que, sin desvirtuar el valor del propio objeto, trasciende a una dimensión verdaderamente sugestivo que da paso al interés por el binomio modelo/obra

y las relaciones entre original intangible y obra tangible que se hace arte, que hace que se atienda con mayor motivación y que, afortunadamente, pueda entenderse por el espectador.

Dejamos aquí estos apuntes en la Casa-Museo para desplazarnos a otro ámbito dentro del municipio, donde hay más obras de Campillo.

III. LA ESCULTURA RELIGIOSA (II) DE ANTONIO CAMPILLO. [ERMITA DE SAN ROQUE. CEUTÍ]

La Ermita de San Roque es una referencia para estudiar un conjunto de obras de carácter religioso. Es el lugar donde se albergan nuevas imágenes que comparten el recinto con la de San Roque, y que han sido realizadas por el escultor murciano Antonio Campillo, quien también es autor del retablo frontal de la ermita, tallado en madera de pino, y en el que las bases y capiteles de las columnas van forradas con panes de oro.

En la parte alta del retablo, se encuentran un medallón del Niño Jesús de Mula, también un **San José** y un **San Pedro**. Más abajo se ubican **La Anunciación** y la **Virgen de Gracia**, así como la **Virgen del Rosario**, y en el otro extremo un **San Juan** niño (que el escultor llama "Sanjuanico").

Fuera del retablo, un Nazareno, el **Cristo de la Luz** y una **Virgen del Amor Hermoso**. También la **Virgen de La Arrixaca** y la **Sagrada Familia**. En la misma entrada, se contempla la **Virgen del Pajarico**, y, finalmente, entrando al templo a la derecha, se halla la **Virgen de la Cinta**.

Aquí la escultura es figuración, que puede contemplarse, en un sentido, pieza a pieza y, en otra forma de comprensión, como un conjunto escultórico que muestra la materialización de la realidad espiritual, emanada de la experiencia del escultor y del juego de percepción de trabajar unas formas virtuales en que se han convertido las ideas de referencia religiosa. Las alusiones a la infancia, —tradicionalmente, niños y adolescentes han servido para representar a seres portadores de una gran espiritualidad—, al Cristo, a la figura de María y los familiares y amigos son telón de fondo de los trabajos



Maternidad. Planta primera. Casa Museo A. Campillo.

artísticos de Antonio Campillo, apasionado por crear un nuevo espacio para la representación religiosa aquí presente, pero como artista decididamente contemporáneo, con la intensidad con que se vive el arte y el compromiso, donde actúa como intérprete de unas condiciones difíciles, ya que esta figuración no se puede forzar Y para entender las formas y expresiones, su estatismo está justificado, aunque aquí el escultor se muestra particularmente sensibilizado por aquello que significa un ordenamiento de los protagonistas de las creencias popularmente extendidas y que se decantan en objetos de culto. Las obras de este conjunto desplazan circularmente al espectador para situarlo en el mismo punto

de partida. Estamos ante una vena religiosa de la condición humana, y se muestra como resultado de la amalgama de diferentes piezas, dispuestas en un círculo que está ahí, pero que los motivos quedan para que los descubra el espectador.

IV. OTRAS ESCULTURAS: LAS IDEAS CONCEBIDAS COMO MUJER

En recientes exposiciones, se ha podido admirar una buena parte de la extensa obra de Antonio Campillo, en la que recoge la entraña medular de lo murciano, pero lo supera y trasciende. Entendemos claramente lo universal en



los momentos vitales que representan las mujeres de Campillo. Transmiten tanto el momento lírico que el artista refleja, como la esencia de la serenidad poética, pues los rostros y el cuerpo entero no contienen estremecimiento y sí un eco profundo del territorio que parecen habitar.

Las mujeres de Campillo, aunque portan el sello inconfundible que les ha impreso el escultor, son singulares en su mensaje y expresividad, porque creo que son un molde que contiene narraciones diversas que cada cual puede contarse a sí mismo y quienes las miren en compañía, desde la impresión de canción intuitiva, como un significativo relato de elocuente referencia a instantes cotidianos.

Uno de sus grandes logros es su manera de ampliar la materia escultórica, porque se puede dar entrada a los ecos, a la palabra, a los sonidos, en una experiencia que parte y le lleva hacia lo vital, hacia la literatura, hacia la música, pero de un modo sincero y limpio. Las imágenes y figuras de Campillo son puntos de reflexión traducidos en formas plásticas; una materia como modo de fijar un ánimo; las voces entresacadas de pensamientos y conversaciones en pueblos y viviendas, como síntesis entre la vida y la escultura.

V. A MODO DE CONCLUSIÓN

Antonio Campillo crea un lenguaje propio, con una asombrosa claridad. En torno a su escultura empiezan a girar los mundos más diversos, desde el juego provocador con las imágenes, al disfrute de la literatura, el contraste

con los fragmentos de conversaciones anónimas y azarosas. El hilo argumental que lo unifica todo es la recurrencia a la alegoría de la idea que se plasma en cuerpos rubicundos, llamativos pero serenos, llenos de paz. Esta sería nuestra sugerencia para la explotación didáctica de la obra de Campillo.

A la pregunta de qué es lo que nos ofrece este tipo de escultura, podría responderse que es la manera convincente por la que Antonio Campillo se explica a sí mismo, que aquello que de repente le intranquiliza, lo integra en su mundo con asombrosa naturalidad y lo da a la contemplación. Para el escultor representa la lectura directa, la conversación, el intercambio, la reflexión, la pasión, el desparpajo no exento de rigor, de conocimiento del medio, porque es consciente de la necesidad de revitalizar la relación entre obra y público, le da sentido al espectador.

Campillo marca su espacio y lo cuida, sabe atraer hacia él las miradas, la conversación con la obra y el reconocimiento de lo local y lo universal. Se preocupa de abrir caminos para sus mujeres ciclistas y a caballo, hay mirada hacia delante y salida. Su concepción de la escultura como espacio real y representación poética, le lleva a elaborarla de un modo natural, y a conceder un protagonismo central en sus obras a la escala, a la dimensión, pero tanto la física como la de percepción, consciente de la importancia que tiene cómo son percibidas las formas. Sus referencias al cuerpo como unidad expresiva, delimitado en formas bulbosas, insiste en la idea de reconocimiento y proximidad y no en la de la escultura como monumento. Antonio

Campillo salvaguarda la presencia del misterio, la interrogación ante el próximo paso o espacio en que puede desembocar el movimiento contenido por cada obra. Mantiene una actitud de pregunta culta hacia el sentido de los límites, sin duda con la intención de traspasarlos; hacia el carácter estable de una realidad que, lógicamente, no acepta como única.

Y nos incita a buscar qué hay detrás de la apariencia: su escultura propicia la conversación. Consciente de la importancia del espacio, crea escenarios en los que sus esculturas sugieren, nunca cierran, nunca se ofrecen como evidencias ni como imágenes finales, lo que permite acercarse de modo poético, en tono intimista y anónimo aunque el espacio es exterior, público, con la ventaja adicional de que son obras que alteran el espacio que ocupan, que juegan con él, que lo modifican.

Su obra podemos contemplarla como uno de los conjuntos más atractivos de la escultura universal, en la que podemos indagar y descubrir las raíces murcianas, que Campillo sabe recoger y reflejar como forma de defender su espacio. Queda clara la calidad de su obra y su lugar de privilegio en el arte, donde no persigue cerrar una interpretación sino sugerir caminos. La obra permanece ahí, separada del autor y del observador, como en un mundo propio. Las obras de arte logradas existen por sí mismas, emanando constantemente una energía increíble, una energía visual, haya alguien delante o no. Es el carácter de su compromiso con la escultura y la convicción de que siempre queda campo para el trabajo, para la pregunta.